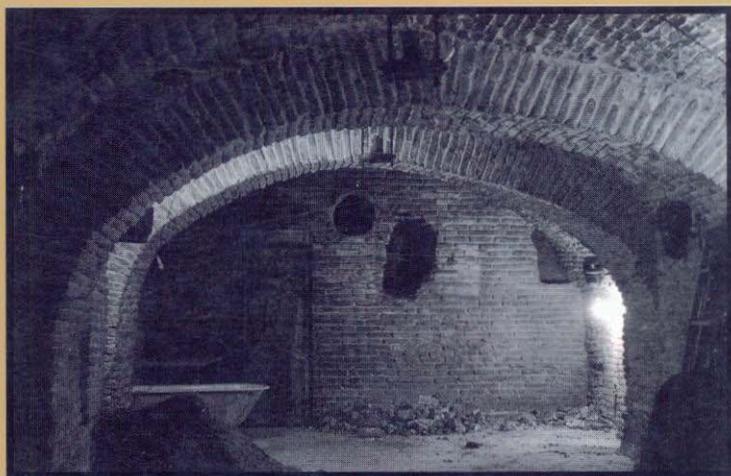


Daniel Schávelzon y Mario Silveira

Excavaciones en Michelángelo



Arqueología Histórica
de Buenos Aires



 CORREGIDOR

ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA
DE BUENOS AIRES
IV

EXCAVACIONES
EN MICHELANGELO

ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA
DE BUENOS AIRES
IV

EXCAVACIONES EN MICHELANGELO

DANIEL SCHÁVELZON
Y
MARIO SILVEIRA

Diseño de Tapa:
Daniel Villalba

Foto de Tapa:
Bóvedas casi planas del sótano
antiguo, antes de los estudios de 1996.

Todos los derechos reservados.

Ediciones Corregidor, 1998
Rodríguez Peña 452 (1020) Bs. As.
Web site: www.corregidor.com
e-mail: corregidor@corregidor.com
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
I.S.B.N.: 950-05-1125-8
Impreso en Buenos Aires - Argentina

ESTA PUBLICACIÓN CUENTA
CON EL AUSPICIO DE:



**SECRETARIA DE CULTURA
GOBIERNO DE LA CIUDAD**



CENTRO DE ARQUEOLOGIA URBANA



banco de la Ciudad

"Los mejores tesoros y las cosas más maravillosas se las puede encontrar enterradas, debajo de la tierra, y no sin razón."

RABELAIS, 1534
Gargantúa y Pantagruel

La investigación que aquí se presenta es el resultado de un trabajo del equipo formado por los arqueólogos Graciela Mendoza, América Malbrán, Matilde Lanza, Mariano Ramos y Ariel Bartoli; la historia del predio fue investigada por Pablo Willemsen.

Índice

Las excavaciones arqueológicas

por DANIEL SCHÁVELZON

I. Agradecimientos	13
II. La historia del predio y del edificio	15
III. Descripción del edificio actual	39
IV. Las excavaciones	49
1. El relleno del sótano y sus cámaras subterráneas .	54
2. El pozo del Convento de Santo Domingo	73
V. La vida cotidiana en Buenos Aires a través de la cultura material de Michelángelo	83
VI. Notas	95
VII. Bibliografía	97

Estudios zooarqueológicos

por MARIO SILVEIRA

La comida y la cocina porteña en las excavaciones de Michelángelo	107
Bibliografía	133
Apéndice: informe sobre una pieza dentaria humana, por Isabel Renison	135

Conclusiones

Por Daniel Schávelzon y Mario Silveira	137
Bibliografía	141

I. Agradecimientos

Durante el año 1996 se hicieron estudios históricos y excavaciones arqueológicas en el interior del predio ubicado en la calle Balcarce 433, en San Telmo, que alberga el tradicional lugar de Buenos Aires llamado **Michelángelo**. Ese trabajo tuvo por objetivo central construir una historia del sitio y el edificio —lo publicado hasta ahora son sólo leyendas y datos sin certificar—, aumentando nuestros conocimientos sobre la vida cotidiana de la ciudad en esa zona tan importante desde la fundación, en el siglo XVI. Por otra parte ésta fue una oportunidad única para llevar adelante un proyecto de este tipo, aprovechando los trabajos de remodelación que se estaban llevando a cabo.

La investigación se dividió metodológicamente en tres secciones: 1) el relevamiento meticuloso del edificio haciendo observaciones sobre muros, pisos, bóvedas, ladrillos y otros detalles constructivos; 2) la historia documental, cartográfica, planimétrica e iconográfica, compilada en colecciones y archivos, para ubicar los documentos originales que explicaran la historia de la manzana y del edificio actual; y 3) la excavación arqueológica. Cada uno de estos aspectos será detallado en las páginas siguientes.

Fue importante, en base al peso de la mitología preexistente, el intentar averiguar si realmente existían túneles o construcciones subterráneas de alguna índole(1). Y creemos que ahora sí podemos dar una respuesta coherente y estudiada

Estos estudios y este libro no existirían sin el esfuerzo conjunto de todos aquellos que hoy están con **Michelángelo**: Fernando Socolowicz, Roberto Grunberg y Néstor Trabado; asimismo por el interés que tuvo en el tema la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad, gracias a María Sáenz Quesada y Juan Ruibal ahora continuado por Liliana Barela; en el Banco Ciudad mis agradeci-

mientos al Lic. Héctor Menéndez. Gracias a todos ellos esto ha sido publicado.

La restauración de las cerámicas halladas en la excavación estuvo a cargo de América Malbrán y de Guillermo Páez, los objetos de metal fueron restaurados por Santiago Aguirre Saravia y Alejandro Falabella, los estudios óseos estuvieron a cargo de Mario Silveira y Matilde Lanza. La corrección de los textos fue hecha por Alexandra Lomónaco sin cuya ayuda esto sería ilegible. En el laboratorio nos ayudaron Diana Waipan y Gonzalo Grafía. Agradezco también a la Dra. Isabel Renison por su estudio de un molar humano hallado en el pozo de los dominicos.

II. Historia del predio y del edificio

El actual edificio de **Michelángelo** se encuentra ubicado sobre un terreno que tiene una larga historia, tan antigua como la ciudad misma, ya que quedó incluido dentro del trazado y ocupación original de la zona céntrica. Cuando Juan de Garay otorgó los solares urbanos a sus acompañantes, esa manzana comprendida entre las actuales calles Belgrano, Balcarce, Venezuela y Defensa, quedó bajo la titularidad de Domingo de Irala y Alonso Gómez, en los solares del lado oeste, y vacía en todo el lado este.

Esta extraña forma de repartir, en sólo dos solares ubicados al oeste, se debió a la topografía irregular producida por la barranca hacia el río: a nadie se le podría haber ocurrido, en esos tiempos, que ese lugar con desnivel hubiera podido ser usado para vivir. Tanto Irala como Gómez nunca se hicieron cargo efectivo de sus solares y fallecieron lejos de estas tierras. Asimismo, según la jurisprudencia española, las barrancas, orillas y costas de los ríos eran siempre propiedad de la Corona (2). Con los años toda la manzana sería ocupada por la orden de Santo Domingo para su gran iglesia y convento; con ellos se inició la verdadera ocupación del terreno y la historia que, en estrecha relación con ellos, llevaría a construir el edificio que estamos historiando.

Los frailes dominicos habían recibido otro terreno en el reparto inicial de Garay, el que al parecer no fue de su agrado por no hallarse sobre la calle Mayor (actual Defensa), como lo estaba el que tenían sus competidores, los franciscanos. Para lograr un nuevo lote llevaron a cabo una larga cadena de trueques y compras en los últimos años del siglo XVI, que al igual que en la ciudad de Córdoba les permitió obtener un terreno mejor ubica-

do. El que fuera de ellos lo ocuparon los mercedarios —igual que en Córdoba—, aliados en el sofisticado sistema de trueques que organizaron (3).

Posiblemente para 1601 ya se habían comenzado las construcciones, que debieron estar inauguradas a inicios de 1602, con un primer convento e iglesia de reducidas dimensiones. Ese segundo terreno tampoco les satisfizo completamente, y lograron por fin llegar a la Calle Mayor en 1608, por lo que desde ese momento la ciudad tuvo el "convento viejo" y otro llamado "nuevo". Es el que actualmente ocupan con frente a la avenida Belgrano y que en parte cubre ahora el terreno de Michelángelo. Es importante destacar que el terreno nuevo quedaba ubicado en un sitio privilegiado en la ciudad, es decir al borde de la barranca sobre el río. Eso le daba excelente vista, buen aire, fácil acceso al agua para beber y regar, y en la práctica real de la época, el usufructo de la barranca misma y la orilla. Sólo mucho más tarde esa zona pasaría a tener construcciones y propiedades, es decir, a delimitarse la calle Balcarce y la manzana hacia el este. Buen ejemplo de que la barranca y la costa eran usadas como extensión natural del convento es la polémica sostenida con el Cabildo en 1641 provocada por el rebaño de ovejas que era soltado a pastar libremente en esa zona; los cabildantes obligaron a los dominicos a trasladarlas a una de sus estancias.

El implante en el terreno de la iglesia y el convento en esta última ubicación quedó definido desde un principio por la topografía del lugar: la parte más alta y plana —a lo largo de la calle Defensa— sirvió para colocar allí la iglesia orientada hacia el norte, es decir hacia la Plaza Mayor; el convento se ubicaba en el centro de la manzana y el resto del terreno irregular, sirvió de huerta y para otras actividades auxiliares. De esa forma la barranca al río fue el factor determinante para que más tarde, el actual edificio de **Michelángelo** se encuentre en el lugar y con la forma que ahora tiene.

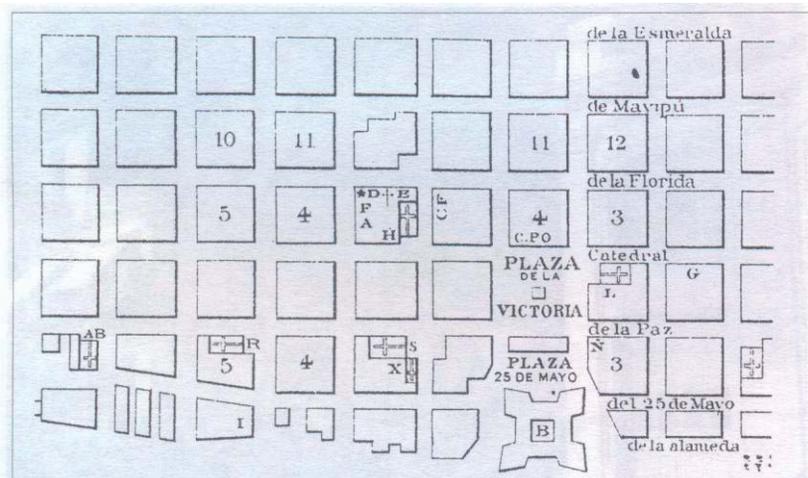
Si bien no es tema central de este libro historiar el convento y la iglesia de los Dominicos (sobre lo que existe una cuantiosa bibliografía), sí es necesario recordar algunos datos que nos expli-



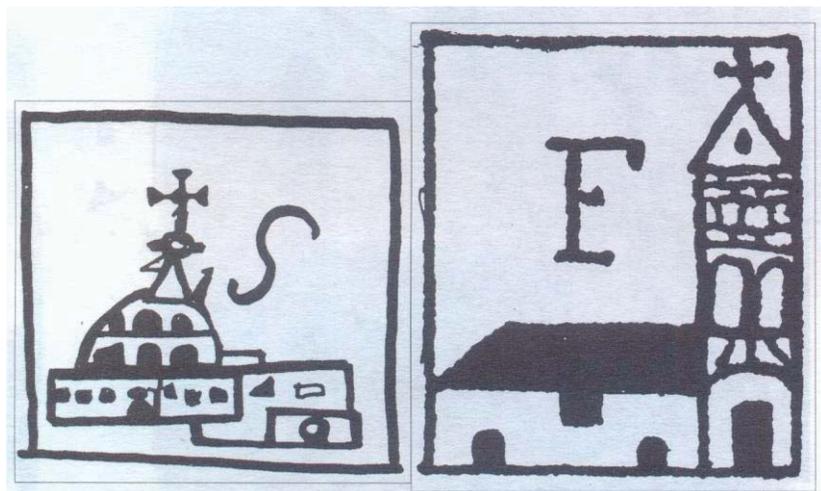
Fachada hacia la calle Balcarce de Michelángelo, antiguos almacenes propiedad de la familia Huergo, tal como lucen actualmente.



Fachada hacia el callejón 5 de Julio, frente original del edificio, que aunque sin el revoque conserva su estructura de 1850.



Plano del sector sur-centro de la ciudad (hacia 1822) en que se observa completa la manzana del convento de Santo Domingo (5) y la iglesia (R). Con el número 1 la manzana de la Aduana Vieja.



Dos vistas bastante imaginarias del convento y su manzana hechas por Joseph Bermúdez en 1708 y 1713.

carán más adelante lo que se ha encontrado en las excavaciones. En el nuevo terreno de la orden dominica se inició una obra no muy importante para su época aunque a la luz del siglo siguiente resultaría pequeña para el crecimiento que la ciudad vivía; si bien casi no tenemos noticias exactas sobre ese conjunto, sabemos que llegó sin cambios y en estado "precario" a mitad del siglo XVIII y que la iglesia se derrumbó en 1752 (4). En el ínterin se había firmado contrato con un conocido arquitecto, Antonio Masella (5), para que éste hiciera los planos e iniciara las obras, lo que así hizo el 29 de enero de 1751. Pero Masella fue un hombre difícil, que vivió lleno de pleitos y conflictos pese a su capacidad como arquitecto y tuvo que dejar la obra sin terminar. En 1762 la retomó Juan de Lezica y Torrezuri con el alarife Francisco Alvarez, quienes la continuaron hasta el año 1773, en que se hizo cargo el Maestro Mayor de la Catedral Manuel Alvarez hasta 1784 cuando, aparentemente, todo quedó terminado salvo la torre derecha que se completó en 1849. La fachada actual es aún mas reciente, ya que fue construida en 1894.

En Santo Domingo funcionó una importante botica como parte de los intereses y estudios de la Orden; allí fueron atendidos buena parte de los heridos de las Invasiones Inglesas —también allí se combatió duramente— y Alexander Gillespie dejó una buena descripción de ello:

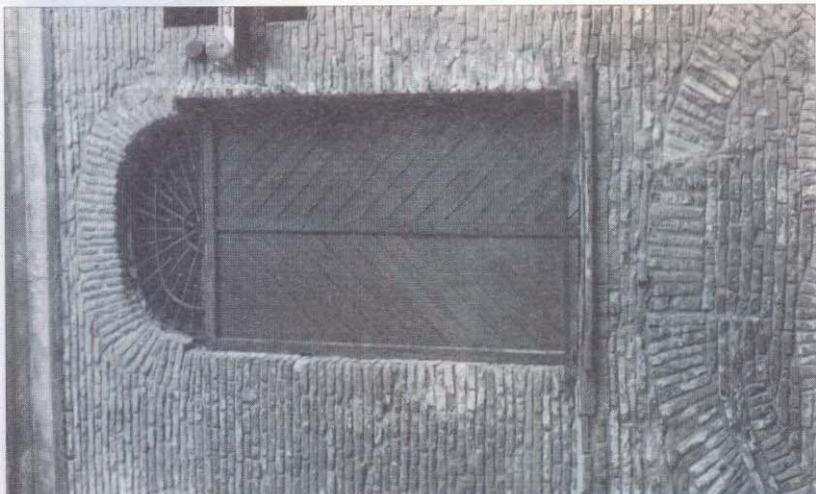
"cuando nuestros enfermos y después nuestros heridos fueron trasladados para curarse al convento de Santo Domingo, tuve frecuente oportunidad de presenciar el sistema de trato suave y las habilidades médicas de algunos de la hermandad de esta comunidad" (1921:67).

Esto es importante porque en los hallazgos arqueológicos hay frascos medicinales, una jeringa y otros objetos que pueden atribuirse precisamente a esta actividad.

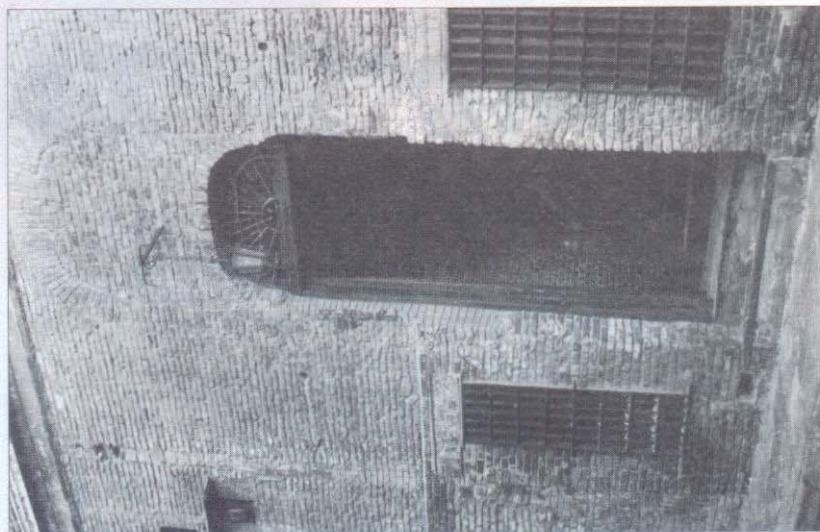
Pero viajemos hacia atrás en el tiempo: en los inicios de 1823 había llegado al punto culminante una árida polémica entre los

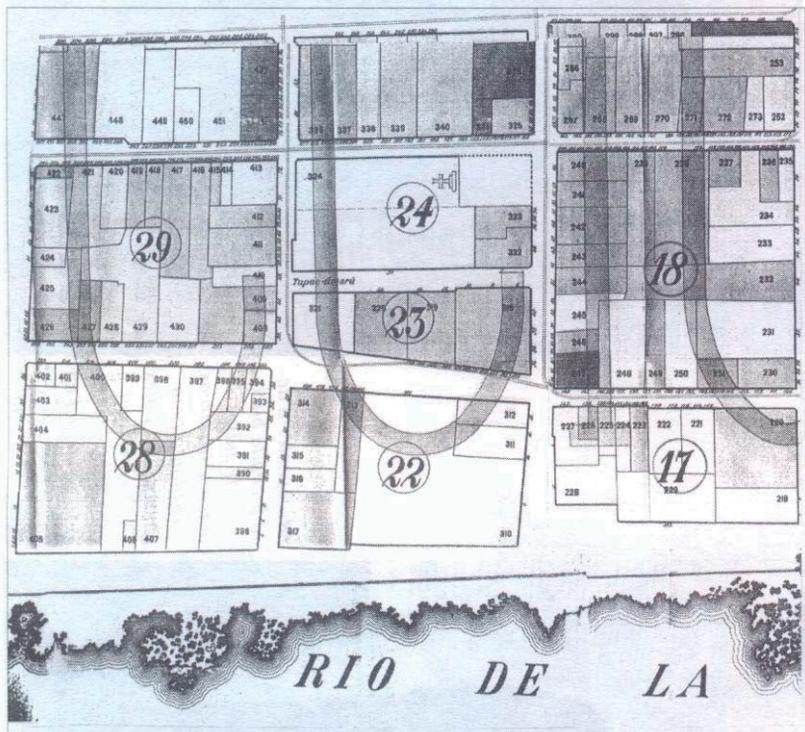
Dominicos y el gobierno nacional, que los acusaba de pro-españoles y de trabajar contra el proceso de la Independencia. Esto era parte de la reforma eclesiástica del año anterior, la que le quitaba a las órdenes religiosas gran parte de su poder y sus enormes propiedades; los dominicos y los franciscanos eran los mayores terratenientes —urbanos y rurales— de la ciudad, y del país. El gobernador Las Heras y su ministro Bernardino Rivadavia tomaron así la decisión de proceder a expulsarlos del territorio nacional durante el mes de abril de ese año, en forma similar a lo sucedido con los jesuitas medio siglo antes, aunque esta vez mediante procedimientos más políticos y sutiles que en el otro caso. El argumento esgrimido se basó en que las congregaciones religiosas debían tener un número mínimo de frailes para poder funcionar, lo que en el caso de los Dominicos no se cumplía. Recién regresarían a Argentina, con el perdón de Juan Manuel de Rosas, el 22 de octubre de 1835. Santo Domingo pasaría así a la Universidad, la iglesia de los Betlemitas quedó como depósito municipal, San Francisco alojó estudios superiores, y La Merced un cuartel. La antigua Residencia de Hombres en San Telmo se transformó en hospital y cárcel. Asimismo Las Catalinas, parte de Santo Domingo y parte de San Francisco pasaron a ser hospitales militares.

El 26 de septiembre de 1823, el activo y recientemente llegado al país desde Francia, Próspero Catelín, ingeniero jefe de la provincia, envió a Rivadavia el plano de la propuesta para subdividir los terrenos de esa orden y proceder a venderlos. La medida no sólo quitaba en forma efectiva parte de la propiedad a los Dominicos sino que también significaba un ingreso de fondos al fisco. La iglesia y su convento fueron destinados a la recién creada Universidad de Buenos Aires, que instaló allí el Museo Nacional, el nuevo Observatorio, varios gabinetes destinados a la investigación —entre ellos el de Física—, y la Cátedra de Historia Natural. Allí llegaron investigadores de la talla del español Pedro Carta Molina, el italiano Carlos Ferraris y tantos otros que contribuyeron a la creación de la ciencia nacional; allí también trabajaron viajeros como el francés Alcides D'Orbigny y el inglés Charles Darwin (6).



Mampostería de la fachada hacia S de Julio; nótese los arcos de planta baja contruidos antes del cierre del frente y la entrada actual en un nivel más bajo que el original.





*Plano de 1887 de las manzanas que forman el sector en torno al Convento de Santo Domingo, con la división en lotes de 1823. La venta original fue: lote 318 (actual **Michelángelo**) y 319 a Félix Castro (más tarde familia Huergo); .320 y 321 a Sáenz Valiente; 322 a Senillosa y 323 a Gallup. En el 310 (manzana 22) estaba ubicada la Aduana Vieja.*

El proyecto de Catelín implicaba abrir una calle por el centro de la manzana, cortando el convento pero dejando la iglesia y el resto de éste en pie y loteando la superficie sobrante. La calle se llamó en ese entonces primero Sarandí, mas tarde —hacia 1880— tomó el nombre de Túpac Amaru y actualmente 5 de Julio. De esta división quedarían para vender seis lotes de buenas dimensiones: cuatro en la nueva manzana —entre ellos el que ahora ocupa **Michelángelo**— y los otros dos en la esquina, sobre Bel grano, en la manzana misma de la iglesia. El día 30 de septiembre Rivadavia aprobó los planos y ordenó que:

"se proceda a la venta de seis terrenos que se designan y se proceda convenientemente para que la calle se abra para empedrar" (7).

Se hizo amplia publicidad del remate público en los días siguientes al 8 de noviembre y se publicaron anuncios en el Argos y la **Gaceta Mercantil**, con la descripción del terreno y el plano de deslinde.

El día 18 de ese mes se remató el loteo, pero hubo sólo un oferente por dos de los terrenos: Felipe Senillosa, un constructor que en esa época estaba activo y que poco más tarde sería el arquitecto oficial del gobierno de Rosas. Senillosa objetó el acto, logrando suspenderlo: alegaba una diferencia métrica entre el plano y los textos descriptivos. Pero no le convino este recurso, ya que al nuevo remate asistió un contrincante, Manuel Gallup, y tras una breve puja adquirieron los lotes 5 y 6 respectivamente. En realidad el costo fue muy bajo, ya que pagaron sólo dos tercios del precio fijado más \$ 17 para la posesión de los terrenos. El adquirente Senillosa era a su vez profesor de la nueva Universidad. Más tarde salieron a remate los terrenos de la manzana nueva que habían quedado sin venderse: el 15 de enero de 1824 fue anunciado el evento, que se llevó a cabo el 27 de dicho mes. Esa vez fueron comprados dos lotes, los 3 y 4, por Félix Castro, iniciándose así la historia más cercana del actual predio que esta-

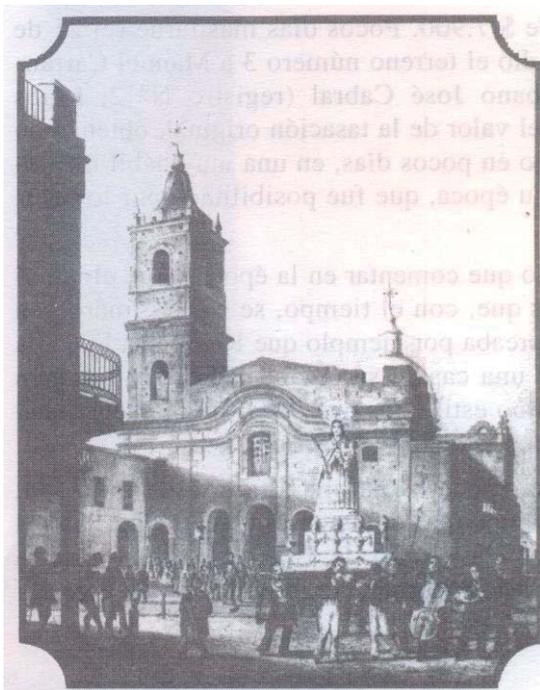
mos analizando. Más tarde adquirirían los terrenos restantes —números 1 y 2— Juan Pablo Sáenz Valiente y su hermana Sebastiana, respectivamente. Esos terrenos estuvieron en discusión durante algunos meses, ya que otro ofertante, Braulio Costa, había ofrecido pagarlos con bonos que se emitirían para erigir allí la primera Bolsa de Comercio de la ciudad.

¿Por qué fue tan difícil vender los terrenos, cuando en la ciudad había interés por ellos? Hay que tener en cuenta que en realidad tenían una excelente ubicación y sus precios eran muy razonables. Pensamos que debieron operar varios factores simultáneos: primero, la rapidez con que se actuó en una ciudad tradicional donde los cambios de propiedad eran lentos y donde las modificaciones a la estructura urbana eran casi inexistentes; segundo, el acto de expropiación en sí mismo debió ser violento y buena parte de la clase social con mayores recursos debió estar en contra, porque la Iglesia era aún la institución más poderosa e influyente. A esto debemos sumarle el hecho de que allí funcionaba la Universidad de Buenos Aires, o parte de ella, creada en 1821. La época no era precisamente estable; no es casual que casi no haya habido ofertas, que éstas fueran bajas y que se abriera la oportunidad de llevar a cabo negocios turbios tal como veremos.

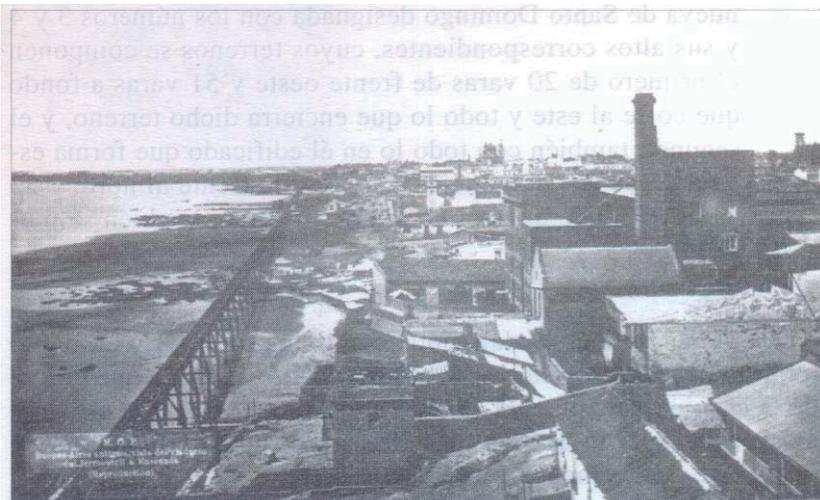
El terreno doble comprado por Félix Castro, hoy transformado en cuatro lotes, se los describe en su época como:

"de 20 varas de frente con 51 varas de fondo, que corre al este, inclusive su muro y todo lo que en si encierra dicho terreno. Y se considera por su valor a todo ello por la cantidad de 4000 pesos".

Esta descripción nos permite pensar que dentro del terreno habían quedado algunas construcciones del convento sin derruir, que posiblemente fueran parte del refectorio y de la huerta. Por éste, Castro pagó dos tercios de los \$ 4.000 tasados, es decir unos \$ 2.683,66, mientras que el lote 4, la esquina, mantuvo su



Izquierda: Fachada de la iglesia de Santo Domingo sobre la calle Belgrano tal como lucía cuando fue construido el almacén de los Huergo encima de su convento (acuarela de E. E. Vidal, 1820). Abajo: La costa del río y el viaducto a Ensenada; sobre la barranca se ve la Aduana Vieja y el inicio de la calle Belgrano (archivo IAAeE).



valor inicial que era de \$ 7.900. Pocos días más tarde (el 21 de febrero), Castro le vendió el terreno número 3 a Manuel Carranza a través del escribano José Cabral (registro N° 2, folios 80/81), por el monto del valor de la tasación original, obteniendo así un 33% de beneficio en pocos días, en una muy hábil manio-
bra inmobiliaria para su época, que fue posibilitada por lo complejo de la situación.

Todo esto dio mucho que comentar en la época y fue el inicio de muchas habladurías que, con el tiempo, se transformaron en mitos urbanos. Se rumoreaba por ejemplo que Rivadavia lo había hecho para construirle una casa a su amante y corrían también otras versiones del mismo estilo, las que llegaron a la actualidad y que aún abundan en los textos no científicos.

Es cierto que en esa época había una alta tasa de inflación; pero una muestra del valor real de estos lotes está dada por el monto por el cual, el 1° de marzo de 1833, Manuel Carranza vendió los terrenos a Carlos María Huergo, a través del escribano Luis López:

"Una casa de su particular propiedad situada en la calle nueva de Santo Domingo designada con los números 3 y 4 y sus altos correspondientes, cuyos terrenos se componen el primero de 20 varas de frente oeste y 51 varas a fondo que corre al este y todo lo que encierra dicho terreno, y el segundo también con todo lo en él edificado que forma esquina, que se compone de 50 varas de frente al norte y 52 varas de fondo que corren al este inclusive también su muro".

La venta incluía un alambique con todos sus útiles y el monto total de la operación fue de \$ 120.000. Esto significa que el lote de la esquina ya tenía una casa de altos, mientras que el otro aún estaba vacío, y lo que es más llamativo: había aumentado en nueve años casi cincuenta veces su precio.

Carlos María Huergo falleció en 1849, motivo por el cual se inició su testamento, en la que se hacen amplias descripciones y declaratorias sobre estos terrenos y sus edificios. Es posible ver que la casa construida por Carranza seguía en pie y que era la residencia familiar de los Huergo, y que en el lote anexo ya se había construido un edificio destinado a "almacenes"; éstos son los que en nuestros días albergan a **Michelángelo**.

Si bien no ha sido posible hallar el proyecto original del edificio ni el nombre de su proyectista, es factible establecer no sólo el motivo de ello sino también hacer una pequeña historia de lo que fue una obra llena de problemas.

Pero vayamos por partes: sabemos que Huergo estaba, al fallecer, en plena obra, y en juicio contra los constructores de sus almacenes porque estaban haciendo un mal trabajo —o al menos eso alegaba él—, juicio éste que siguió tiempo más en manos de sus herederos. Gracias a ello existen listas de jornales correspondientes a los años 1848 y 1849 a cuenta de un tal Manuel González, y desde el 17 de febrero de ese año se cuenta también con un detalle de débitos y créditos. Por lo primero se incluye el "saldo del frente de los cuatro almacenes a la calle nueva", y para el 19 de marzo leemos "5 ladrillos que tomó para su uso personal". Por el crédito se destaca la terminación de sectores no completados y "por echar abajo las bóvedas 3 y 4 y rehacerlas \$ 13,000", "por echar abajo parte de las bóvedas 5 y 6 y destechar la número 7 de arriba, la parte que da a la azotea rehacerlas \$ 8500", "por un pedazo de la bóveda en el no. 3", y otros similares. Todo esto nos permite pensar que el constructor original dejó las cosas mal hechas o sin terminar, lo que hizo necesario demoler y reconstruir buena parte del edificio. Esto, como veremos más adelante, ha sido comprobado a través del estudio hecho sobre la construcción misma, que presenta cambios en las bóvedas, diferentes aparejos murarios y demás detalles interesantes.

En esos documentos hay un par de referencias a la existencia, en algún lugar del edificio, de "una fonda", tema que será de importancia al describir los hallazgos arqueológicos hechos dentro del edificio.

Las cosas no deben haber seguido bien en la obra ya que los Huergo, en marzo de 1850, reclamaban que se la continuara, ya que el constructor había suspendido su tarea aunque al parecer había cobrado por adelantado. Por otra parte González ya les había establecido una demanda en enero de 1850 por el monto de \$ 90.260 adeudados por esas obras, de la cuales alegaba que se le había pagado sólo una parte; además reclamaba el cobro de las refacciones que hizo en la casa de los Huergo.

En esta descripción se incluyen datos muy interesantes: se cita la cornisa de la calle 5 de Julio que aún existe, una desaparecida baranda en la terraza sostenida por cuatro pilares, "ocho pilares en el frente" de Balcarce y una larga lista de otras obras que incluían los techos de las bóvedas en la azotea. Esta descripción es la que mejor nos ha servido para reconstruir la fachada original del edificio. Pero es interesante que en la fotografía más antigua de que disponemos (fecha hacia 1870) no se observan los pilares ni la baranda de la azotea. Esto posibilita que lo descrito no haya sido realmente construido de esa forma, o que luego fue modificado o destruido. En resumen, la obra ya estaba en construcción en 1848 y en 1850 se la había completado. Podemos pensar entonces que fue proyectada poco antes (¿en 1847?) e inaugurada antes de fines de 1850.

Los trámites sucesorios de la familia Huergo hicieron más oscura toda la cuestión, ya que al margen de las demandas y que el primer constructor se hallaba prófugo, la sucesión era compleja debido a los dos matrimonios de Huergo y a sus trece hijos, que reclamaban cada uno sus respectivas partes. Enumerar todas esas actuaciones sería en extremo engorroso, pero mencionaremos que terminaron en 1857 al establecerse los montos que le correspondió a cada uno de los involucrados, gracias a lo cual los hijos del primer matrimonio hicieron un acuerdo con los del segundo para el traspaso de la propiedad indivisa por la suma de \$ 823.000.

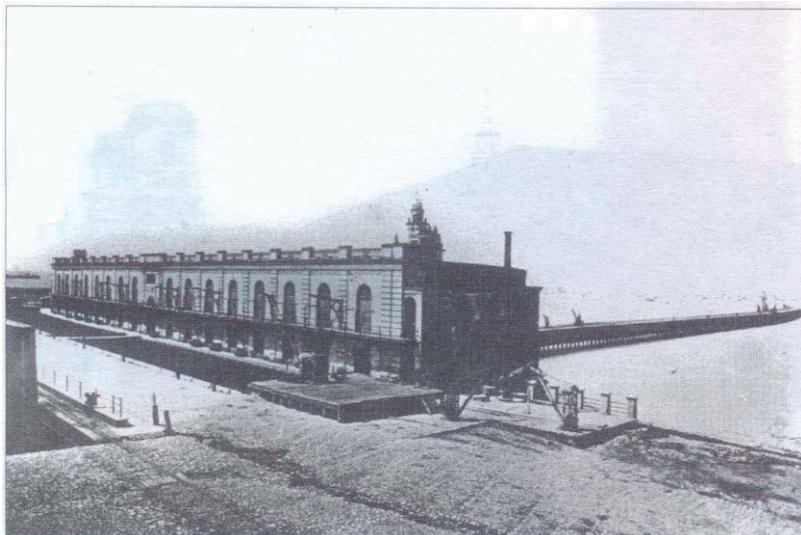
A partir de allí los dos edificios continuaron unidos por algún tiempo, pero antes del fin de siglo se separaron definitivamente. En el **Catastro Beare** de 1862 se muestran ambos aún unidos



La Aduana Vieja en 1875; atrás se ven las torres de Santo Domingo y la calle Belgrano con su empedrado se dirige hacia los almacenes de Huergo en la esquina (Schávelzon 1991:24).



La Aduana Vieja ya abandonada, hacia 1890, enterrada al renivelarse la calle para los tranvías; en la esquina se ve la casa de los Huergo y la iglesia más al oeste (Schávelzon 1991:24).



Fachada posterior del edificio de la Aduana Nueva, construida por Eduardo Taylor aprovechando el desnivel de la barranca de la ciudad (foto Archivo IAAeIE).



El edificio de Rentas Nacionales obra de Eduardo Taylor mostrando las fachadas en la parte superior de la barranca al río (foto Archivo IAAeIE).

como propiedad de los Huergo y bajo la denominación de "depósitos de aduana", posiblemente arrendados por ésta, que se encontraba ubicada precisamente al otro lado de la calle, en la vereda contraria.

Recién en 1898 Aureliano Huergo vendió a un interesado no perteneciente a la familia; en 1911 los planos identifican como propietario del edificio de **Michelángelo** a Edgardo Mauzhe, quien continuaría siéndolo por muchos años (8). Con el paso del tiempo, la antigua casa caería bajo la piqueta y para fin del siglo XIX ya estaban divididos los lotes como ahora existen; luego se construyeron allí los altos edificios y hacia 1915 sólo quedaban los viejos "almacenes" o depósitos que quedaron en pie hasta la actualidad.

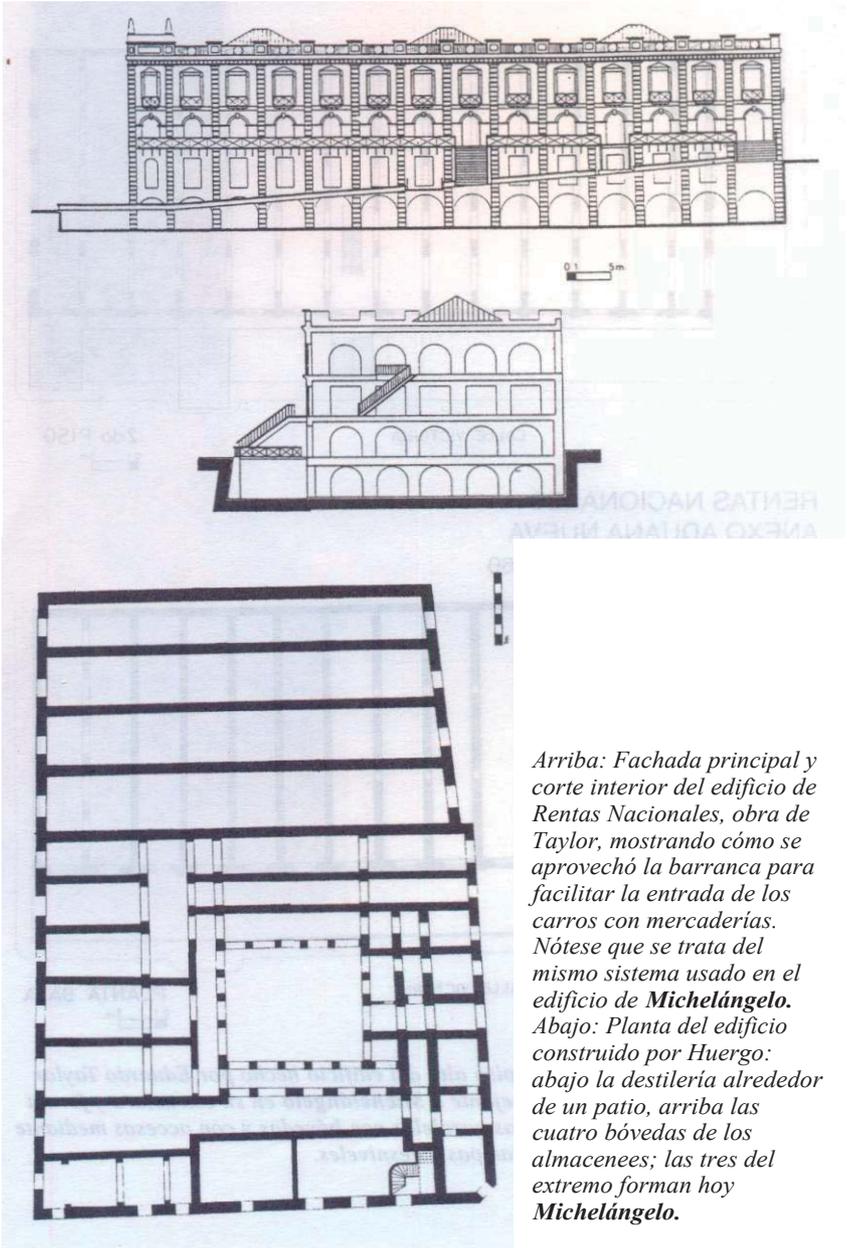
¿Quién fue al autor del proyecto arquitectónico de **Michelángelo**? Este es un interrogante que no ha sido posible dilucidar, pero pese a ello hay motivos para pensar que estamos frente a una obra del ingeniero inglés Eduardo Taylor (1801-1868). Si bien no existen documentos que lo prueben fehacientemente, el edificio es muy peculiar y representa rasgos muy característicos de Taylor, quien construyó obras de ese tipo en todo el país en esa época.

Este talentoso constructor arribó a Buenos Aires en 1824 y mantuvo amplias relaciones con otros europeos llegados al país a instancias de Rivadavia: entre ellos se cuentan Pierre Benoit y Próspero Catelin, quien tuvo a su cargo el loteo y apertura de la calle que estamos analizando. Taylor construyó un sinnúmero de viviendas, edificios públicos de envergadura como el Club del Progreso, la Aduana Nueva con sus depósitos, muelle y playa de maniobras, Rentas Nacionales (anexo de la aduana), el Club de Residentes Extranjeros, se hizo cargo de la ampliación de los Cuarteles del Retiro, construyó la Iglesia Presbiteriana Escocesa de Florencio Varela, la Evangélica Alemana en Buenos Aires y la iglesia de Tandil. Es posible inclusive que haya llevado a cabo una extensa obra en la ciudad de Asunción, Paraguay (9), aunque esto no es seguro.

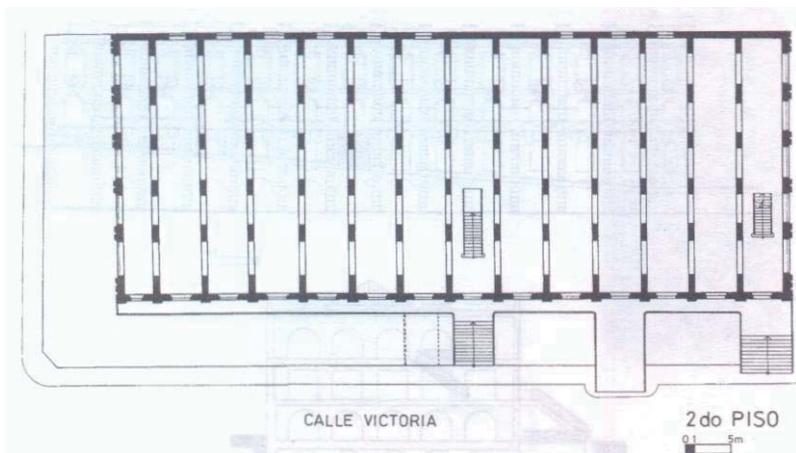
En los proyectos de la Aduana Nueva (10), en el de Depósitos de la Aduana no construido (11) y en el edificio que más tarde se llamó **Rentas Nacionales** —o Anexo de la Aduana Nueva— (12), Taylor utilizó un sistema constructivo novedoso e inexistente en el país formado por bóvedas hechas de ladrillo, superpuestas unas a otras en varios pisos. Esa arquitectura era de neta tradición inglesa y se caracterizaba porque las bóvedas se soportan por muros verticales que actúan como contrafuertes a la vez que reducen su espesor a medida que suben en altura. Las fachadas en todos los casos se inscriben en el neo-Renacimiento con una fuerte cornisa superior, lo que se repite en el edificio que nos ocupa. Otro aspecto único de los proyectos hechos por Taylor es el sistema de rampas-escaleras para facilitar la subida de pesadas cargas, aprovechando los desniveles de la barranca ya existente; esto lo repite en todas sus obras aduaneras y portuarias. Precisamente el sistema de funcionamiento interno de estos almacenes se basa en la subida de los materiales por la calle Belgrano y su desnivel poco pronunciado, para entrarlos por la 5 de Julio —que es una calle más alta—, y luego poderlos bajar con poleas a los carros en la calle Balcarce.

Otro aspecto que nos lleva a atribuir la obra a algún constructor avezado y de gran modernidad para la época, como es el caso de Taylor, es el hallazgo hecho en la excavación de una enorme cantidad de grandes chapas de hierro unidas a tableros de madera clavados. Estas grandes chapas de metal liso, enterradas intencionalmente junto con un relleno hecho con objetos de todo tipo, las hemos interpretado como cimbras usadas para la construcción de las bóvedas. Es decir, entendemos que las cimbras debieron ser de madera las que fueron recubiertas de metal para poder apoyar sobre éste los ladrillos. De ser esto como lo pensamos, estamos no sólo ante la primera aparición de una estructura constructiva de este tipo, sino también ante un arquitecto extremadamente moderno.

La función para la que estuvo destinado el edificio desde sus inicios fue la de depósito de mercaderías salidas de la aduana, es decir un almacén de productos importados al por mayor; de allí

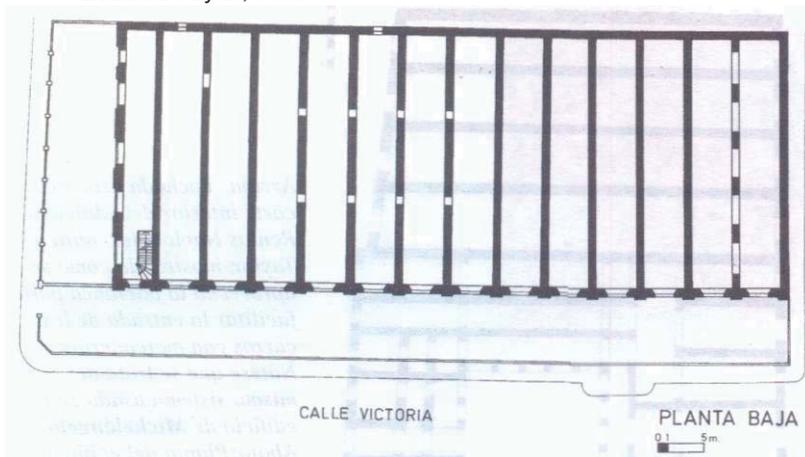


Arriba: Fachada principal y corte interior del edificio de Rentas Nacionales, obra de Taylor, mostrando cómo se aprovechó la barranca para facilitar la entrada de los carros con mercaderías. Nótese que se trata del mismo sistema usado en el edificio de **Michelángelo**. Abajo: Planta del edificio construido por Huergo: abajo la destilería alrededor de un patio, arriba las cuatro bóvedas de los almacenes; las tres del extremo forman hoy **Michelángelo**.

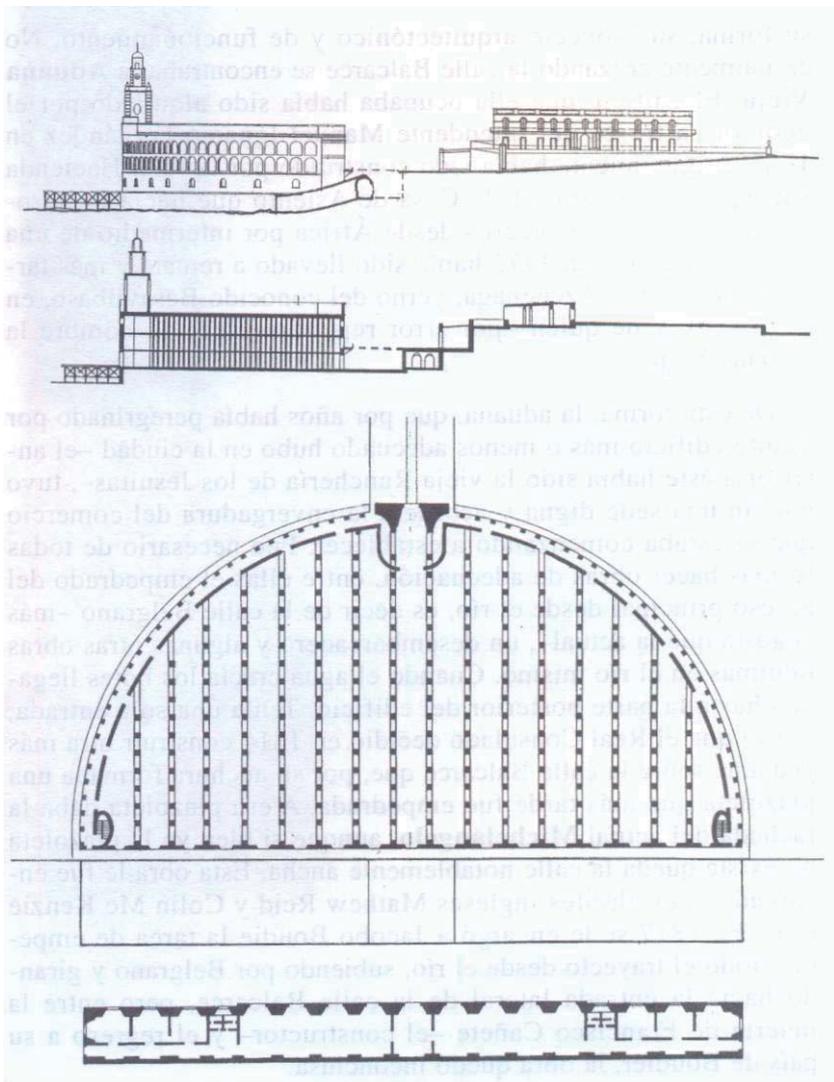


**RENTAS NACIONALES
ANEXO ADUANA NUEVA**

Eduardo Taylor, 1858-60



Planos de planta baja y de! piso alto de! edificio hecho por Eduardo Taylor para Rentas Nacionales, semejante a Michelángelo en su estructura y forma de funcionamiento, con galerías paralelas con bóvedas y con accesos mediante rampas y desniveles.



Planta y cortes de la Aduana Nueva en donde Taylor llevó al máximo sus ideas para el aprovechamiento del uso de los desniveles para subir cargas a los depósitos abovedados (dibujos basados en IAA 1965).